Revista

encuentros

NOEGA

Cómo organizarnos para vivir una vejez plena

"Silencio", relato de Espido Freire

nº 3

OCTUBRE 2022

Sumario

Pág. 2

Actualidad
Cómo organizarnos para vivir una vejez plena.

Pág. 6

El Texu
Simbología de este árbol que da nombre a una de las salas más emblemáticas del Tanatorio Jardín El Lauredal.

Pág. 10

Relato
“Silencio”, de Espido Freire.

Mejor prevenir

“Hombre apercibido anda seguro el camino” o “Mujer prevenida vale por dos” son expresiones populares del refranero español que recuerdan las ventajas de adelantarse a lo que pueda venir. Ya en la literatura clásica española - “La Celestina” (1499) y “El Quijote” (1605)- encontramos versiones de estos refranes que han llegado a nuestros días, pero la capacidad para planificar el futuro no parece ser algo característico de la sociedad española.

Así lo confirman estudios recientes sobre la importancia que tiene para la ciudadanía organizar el futuro, en especial después de la jubilación. La mayoría admite que pensar de antemano cómo les gustaría que fuera esa nueva etapa les daría tranquilidad, pero no suelen hacerlo. Prefieren vivir con incertidumbre antes que enfrentarse a la idea de que comienza la última fase del ciclo vital. Sin embargo, está demostrado que los más previsores aceptan mejor las circunstancias y miran al mañana con serenidad, incluso cuando se anticipan al momento final. De ello habla el reportaje principal de este número.

Además, como cierre, se incluye un relato de la escritora Espido Freire, que colabora con este número de “Encuentros” haciendo un emotivo homenaje a las madres.

Revista Encuentros Noega. Agosto 2022. Edita: Funerarias Noega S.L.

© Funerarias Noega. Todos los derechos reservados

info@funerariasnoega.es
Tel: 984 85 13 00 - 24 horas

Cómo organizarnos para vivir una vejez plena

"Una visión clara, respaldada por planes definidos, te da una sensación tremenda de confianza y poder personal"

-Brian Tracy-

La mayoría de los españoles coincide en cuáles son sus mayores temores a la hora de afrontar sus últimos años, pero muy pocos toman medidas para facilitar una calidad de vida mejor. El ahorro, estar activos y bien informados son aspectos clave para que el camino hacia el final sea más tranquilo y se viva con aceptación.

"Lo ideal es empezar a ahorrar para la jubilación al entrar en el mercado laboral, para adquirir la costumbre sin demasiado esfuerzo"

"Pese a que la mayoría de los españoles cree que es bastante o muy importante ahorrar para la jubilación, solo cuatro de cada diez lo hacen"

"Queremos vivir más y mejor. Más del 70% de los ciudadanos aseguran que cuidan su salud pensando en el futuro"

"Priorizar la salud es un hábito que puede adoptarse a cualquier edad, pero hacerlo desde las etapas más tempranas tiene un impacto positivo a largo plazo"

Planificar la última etapa de la vida es una tarea pendiente para la mayoría de los españoles. Pocas veces nos preguntamos: "¿Cómo quiero que sean mis últimos años de vida?", bien por desconocimiento o por el miedo a afrontar la idea de que un día llegarán. Esperar hasta el final para tomar medidas es, sin embargo, un error que nos lleva a vivir con mayor temor e incertidumbre una etapa que, de otra manera, podríamos disfrutar.

Entre los mayores miedos de los ciudadanos de cara a afrontar los últimos años están, según un estudio de Manuel Alfaro e Ismael Vallés ("La planificación de la última etapa de la vida. Claves para afrontar el envejecimiento y el aumento de la esperanza de vida", 2021), convertirse en una carga para la familia, sufrir una enfermedad o la falta de recursos económicos, pero lo cierto es que muy pocos toman decisiones para prevenir esas situaciones.

El Instituto Nacional de Estadística indica que la esperanza de vida en España ha ido aumentando en los últimos años -con un leve retroceso en 2020, el año del estallido de la Covid-19- hasta alcanzar los 82,4 años. Una cifra que sigue superando a la media de la Unión Europea, incluso si tomamos como referencia los datos anteriores a la pandemia, ya que, de acuerdo con Eurostat, un europeo medio tenía en 2019 una esperanza de vida de 81,3 años. Vivimos más años y lo hacemos, por lo general, con una mejor calidad de vida, pero eso implica que dejar organizados los últimos años sea todavía más necesario.

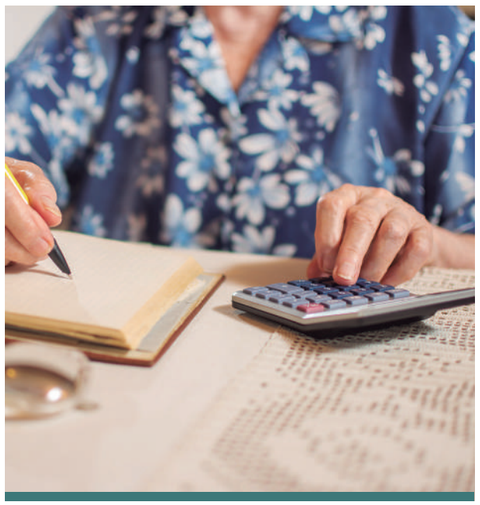
A partir de la jubilación, los ciudadanos disfrutan de unos años en los que más de la mitad afirman sentirse bien o bastante bien.

Ese bienestar depende de varios factores que conviene tener en cuenta mucho antes de retirarse. Alcanzar la jubilación con tranquilidad económica, buena salud y con los costes asociados a la dependencia cubiertos obedece en gran medida al ahorro, a la vida activa y a la información que hayamos recabado durante la juventud y la adultez.

> El ahorro, una cuestión olvidada. En líneas generales la sociedad es consciente de que ahorrar para la jubilación es importante. Al hecho de que sea relativamente frecuente encontrar casos cercanos de personas que han necesitado asistencia en la vejez, se suma el impacto que ha tenido el debate mediático sobre el sistema de pensiones y su sostenibilidad. Durante la crisis económica de la anterior década se congeló la subida de las pensiones y, pese a que en los últimos años se han vuelto a ligar al IPC, sigue instalado el miedo a que el sistema cambie próximamente. Además, la inversión de la pirámide poblacional es una realidad y se prevé que la jubilación de la generación del 'baby boom' tenga un impacto mayor en el sistema.

Lo cierto es que los españoles son cada vez más escépticos sobre el futuro de su jubilación. El 44% cree que será insuficiente y un 13% ni siquiera tiene la certeza de que vaya a recibir una pensión del sistema público cuando se retire. Eso explica por qué 7 de cada 10 ciudadanos consideran importante ahorrar. El caso de los 'babyboomers' es significativo. Una encuesta del Instituto BBVA señala que hasta un 70% de los nacidos entre 1957 y 1977 cree que su jubilación será peor que la de los jubilados actuales, pero más de la mitad admite no tener ahorros y que su pensión dependerá exclusivamente de la asignación pública.

El problema de la falta de previsión es extensible a todas las generaciones. Solo cuatro de cada diez españoles ahorran para cuando se jubilen. Bien porque confían en que el sistema público será suficiente, porque su situación económica no se lo permite o porque no son conscientes de la necesidad de hacerlo. Entre los jóvenes también se detecta que la lejanía con la que ven la retirada del mercado laboral hace que no se



interesen por el ahorro o que no lo vean como una prioridad.

Quienes sí guardan una parte de sus ingresos para la jubilación usan como método más común el plan de pensiones. Es uno de los productos financieros más conocidos y algunas empresas lo ofrecen a sus trabajadores como método de fidelización. Otras personas simplemente acumulan una parte de sus ingresos de forma inespecífica pensando en cubrir las necesidades que vayan surgiendo en el futuro. Comparados con los países de nuestro entorno, los españoles somos poco previsores en este aspecto.

Los expertos achacan esta particularidad de nuestro país a una falta de cultura a favor de la planificación, a la pérdida de confianza en el sector bancario o a la crisis económica que ha vivido España y que ha impedido a los ciudadanos una capacidad de ahorro suficiente como para pensar a largo plazo.

> Más educación financiera. La educación financiera es, además, un asunto poco presente en el sistema educativo español. Un estudio elaborado por un grupo de investigadores del Banco de España ha demostrado que cuando los alumnos de secundaria cursan Educación Financiera mejoran sus conocimientos bancarios y aumenta su conciencia sobre las ventajas del ahorro.

Una conciencia que todavía no se ha extendido entre la juventud, que concibe la etapa final como algo en lo que no hace falta pensar tan pronto. Los asesores financieros, sin embargo, recomiendan empezar a reservar dinero para la jubilación en el momento en el que se accede al mercado laboral. Eso hace que se adquiera el hábito poco a poco, sin demasiado esfuerzo.

Muchos jóvenes no siguen este consejo porque piensan que deben destinar cantidades elevadas a sus planes de inversión o de ahorro, algo que no está a su alcance, aunque no necesariamente es así. Por ejemplo, una persona de 25 años que ahorre 100 euros al mes tendrá en el momento de su jubilación -42 años después- cerca de 172.000 euros, de los cuales 50.400 serían los ahorros aportados (sin actualizaciones de inflación anual) y el resto la rentabilidad obtenida (una media del 5% anual).

> Dejar el futuro atado. Además, hay cuestiones relativas al final de la vida que siguen siendo un tabú para la sociedad y que impiden una buena organización en aquello que tienen que ver con las últimas voluntades o el legado. Tendemos a pensar en ello solamente a partir de una edad avanzada, pese a que son instrumentos que deberían estar previstos por si surge una adversidad en cualquier momento. Esto será de gran ayuda para a los familiares y herederos, y evita los conflictos derivados de este tipo de procesos.

En realidad, se recomienda tener listo el testamento desde una edad mediana, y en todo caso desde que se adquieren propiedades o se tiene descendencia. Hay que mencionar también otros instrumentos menos conocidos e igualmente útiles: el documento de voluntades anticipadas (testamento vital) y los poderes preventivos. El primero permite manifestar la voluntad sobre los tratamientos médicos y cuidados de salud deseados al final de la vida o cuando la persona pierda su capacidad de decidir. Los poderes preventivos permiten designar a una persona responsable de decidir cuando el afectado no esté en condiciones de hacerlo.

Según el estudio de Manuel Alfaro e Ismael Vallés, el porcentaje de personas que ha dejado preparado un documento de voluntades anticipadas o unos poderes preventivos es prácticamente residual. Por género, aunque las mujeres se muestran más preocupadas por este tipo de temas y son más conscientes de la conveniencia de organizar el futuro, en la práctica los hombres tienen un nivel de aseguramiento mayor. En parte, porque ellas han llegado más tarde al mercado laboral y por la brecha salarial. Cabe esperar que en los próximos años se vea cómo los parámetros entre hombres y mujeres se igualan.

conscientes de las virtudes de llevar una vida activa al aire libre.

Priorizar la salud es un hábito que puede adoptarse a cualquier edad, pero hacerlo desde las etapas más tempranas tiene un impacto positivo a largo plazo y ayuda a fijar la costumbre. Pese a ello, la media de edad a la que se percibe la necesidad de cuidarse llega a los 51 años.

Curiosamente, los que prevén aspectos relacionados con su salud suelen tener también más previsión económica sobre la etapa final de su vida. Por tanto, quienes son más conscientes de que trabajar en el presente supone una

> Cuidados en el presente para el bienestar del futuro. Los ciudadanos no solo aspiran a vivir más, sino mejor. Más de un 70% de los españoles manifiesta que cuida su salud para tener una buena calidad de vida futura. La pandemia, además, ha incrementado el interés por la salud, porque se ha hecho más evidente que mantener la plenitud física ayuda a prevenir otro tipo de enfermedades.

Del mismo modo, estar encerrados durante el confinamiento hizo a los ciudadanos más estabilidad futura entienden que una vejez plena se sustenta en pilares como la salud y la tranquilidad financiera.

Por otro lado, las personas que afirman cuidar de su salud desde hace tiempo están más mentalizadas sobre el final y lo viven con más aceptación y paz. En definitiva, llegan a esa etapa con ahorros para afrontar las posibles dificultades, con mejor salud física y una tranquilidad emocional que tiene un impacto inherente en la salud mental. ■

El texu, un árbol de leyenda homenajeado en una de las salas más emblemáticas del Tanatorio Jardín El Lauredal

El tejo (texu en Asturias) es un árbol característico del paisaje asturiano protagonista de rituales y tradiciones milenarias que han llegado hasta nuestros días. Símbolo a la vez de la vida y la muerte, el texu da nombre a una de las salas más representativas del Tanatorio Jardín El Lauredal de Gijón.

El *Taxus baccata,* tejo común o tejo negro, es una de las especies de árbol más antiguas de Europa, donde está presente desde hace unos 15 millones de años. De crecimiento lento, posee una longevidad extraordinaria del que son muestra varios ejemplares milenarios. Como dice la expresión popular, *"Donde no alcanza el viejo, alcanza el tejo"*.

Se trata de una conífera de hoja perenne que no suele tener una gran altura (entre 15 y 20 metros), pero su tronco destaca por su considerable grosor. Su copa densa se ramifica desde poca altura y sus hojas, de color verde oscuro, están dispuestas en hileras que se agrupan en espiral sobre las ramas.

Su madera, dura, elástica y resistente a las plagas, fue muy usada en la Antigüedad y especialmente durante la Edad Media para fabricar arcos, flechas y ballestas, lo que redujo considerablemente la población de tejos. Hoy es una especie protegida en casi toda Europa.

>Parte del paisaje asturiano. El tejo crece abundantemente en Asturias, Cantabria, Galicia, Sistema Central, Sistema Ibérico y Pirineos. A pesar de su apariencia discreta, en Asturias se ha convertido en un elemento muy integrado en sus paisajes, además de estar ampliamente representado en el arte prerrománico asturiano de distintas maneras.

Tanto es así que algunos de sus ejemplares constituyen verdaderos monumentos naturales. Es el caso del tejo de Santa Coloma, probablemente uno de los más longevos de Asturias, con más de 1.000 años de antigüedad. Está ubicado junto a la iglesia románica de Santa Coloma, que fue reconstruida en 1785 sobre los restos de otra iglesia del siglo XIV. También es muy visitado por los turistas el tejo de Salas, situado junto iglesia parroquial de San Martín.

"Los astures eligieron el veneno del tejo como método de autoinmolación para no rendirse frente a sus enemigos"

Asimismo, son dignos de mención los tejos de Bermiego y Santibáñez de la Fuente. El primero crece junto a la iglesia de Santa María en Bermiego (Quirós) y es uno de los monumentos naturales más importantes del Principado, al estar considerado el tejo más antiguo de Asturias y uno de los más ancianos de toda Europa. El de Santibáñez de la Fuente, por su parte, se ubica junto a la iglesia de San Juan del Riomiera, una iglesia románica construida entre los siglos XII y XIII.

Y es que esta conífera se puede encontrar tanto junto a las iglesias o cementerios asturianos, como en los lugares más inaccesibles de las montañas, como la sierra del Sueve, uno de los bosques más antiguos del continente con la mayor concentración de tejos de Europa: más de 8.000 tejos en una superficie de 80 hectáreas.

> Árbol de la vida y la muerte. El tejo es además todo un símbolo de la ambivalencia de la vida y la muerte. Su enorme longevidad le hacía parecer inmortal y le confería un carácter sagrado que primero le dieron los celtas y, posteriormente, se incorporó al cristianismo como símbolo de la vida eterna y la trascendencia de la muerte.

Por un lado, es conocido como "árbol de la vida" por sus propiedades médicas y curativas. De hecho, el taxol (un medicamento fabricado a partir de sus principios activos) es uno de los antitumorales más potentes empleados a escala mundial pues, entre otras propiedades, inhibe la división celular impidiendo la mitosis y con ello la proliferación de los cánceres. Su efectividad ha sido probada en más de 14 tipos diferentes de cáncer.

No debe extrañar tampoco que el tejo se relacione con la vida eterna puesto que, además, es capaz de resurgir de sí mismo y crece de arriba hacia abajo, ya que sus raíces generan un nuevo tronco mientras el que tiene se seca y se desprende, motivo por el cual este árbol ha sido transformado en icono de fertilidad y regeneración.

Pero, paradójicamente, el tejo es conocido al mismo tiempo como "árbol de la muerte", no solo por su ubicación en cementerios sino también por tu toxicidad. Basta recordar que en el norte de España eran frecuentes los suicidios con veneno de tejo. Es conocida la leyenda del suicidio de los cántabros refugiados en el Mons Medullios para evitar ser esclavizados por Roma. Pero también los astures lo eligieron como método de autoinmolación para no rendirse frente a sus enemigos, al igual que hicieron los galaicos o los vettones.

"Su enorme longevidad le hacía parecer inmortal y le ha conferido siempre un carácter sagrado"

Por otro lado, con la madera del tejo se fabricaban los arcos encargados de lanzar la muerte desde la distancia y las flechas que los guerreros astures ungían a su vez con su líquido tóxico para causar el mayor daño al enemigo en la batalla.

Por tanto, es un árbol cargado de misterio y significados, temido y venerado a partes iguales, alrededor del cual, las leyendas se entremezclan con las celebraciones, los bailes y las reuniones sociales. El árbol que despide a aquellos que se marchan y que devuelve la salud a los enfermos.

> Carácter mágico. Resulta además curioso conocer las leyendas que acompañan al tejo casi desde el origen de los tiempos. Para los celtas era un árbol sagrado: sus druidas empleaban unos bastones mágicos confeccionados con sus ramas para averiguar el futuro.

Igualmente, era venerado por los astures que rendían culto a los antiguos dioses célticos. Alrededor de los tejos convocaban sus reuniones tribales para celebrar rituales y otros acontecimientos importantes, como la administración de la justicia.

Ya dentro de la tradición cristiana, en algunos lugares los ramos de tejo eran bendecidos el Domingo de Ramos en la iglesia o se empleaban como adorno navideño. Además, son parte de nuestra cultura popular expresiones como "tirar los tejos", un enunciado cuyo origen parece encontrarse en las romerías, cuando las muchachas, al salir de la iglesia, lanzaban a los hombres los frutos o las ramitas de tejo con la intención de mostrarles el interés que tenían en ellos.

En los países nórdicos, la misma expresión "tirar los tejos" también hace alusión a una profecía amorosa que se obtenía lanzando sus frutos en el interior de unas cazoletas fabricadas para tal fin con madera de tejo.

>Otras costumbres astures y los texus. Muchas de las mencionadas costumbres ancestrales surgidas alrededor del tejo han llegado hasta nuestros días. En lugares como Insierto (Mieres), Villamar (Salas), Bermiego y Pondrovella (Quiros), Tiñana (Siero), La Rebollada (Allande), Cenero (Xixón), Valle (Ribesella) y El Condau (Llaviana), el texu durante décadas se ha venido usando como 'conceyu de vecinos', el lugar de reunión al que eran convocados mediante el toque de la campana de la iglesia o con el toque del cuerno tradicional.

En Llugás, Villaviciosa, hasta hace unos años, el cura celebraba la misa subido al tejo de la iglesia, como siglos antes, los druidas oficiaban sus ceremonias.

En la actualidad, el tejo sigue formando parte de algunos rituales populares, como el que tiene lugar en el Santuario de la Virgen de la Cabeza en Sieru, cuando al salir de la misa de Pentecostés, los romeros recogen una de las ramitas del árbol que se encuentra junto a la iglesia, pues se le otorgan poderes curativos y protección contra cualquier mal de cabeza.

Otra costumbre todavía vigente es la del Santuario de la Virgen de la Braña, en el concejo de El Franco, cuya fiesta tiene lugar el día 15 de agosto y durante la cual los vecinos recogen ramitas de tejo y las adornan con cintas de colores para tener buena suerte.

En resumen, este hermoso árbol es un símbolo en Asturias pero, como consecuencia de su preciada madera, ha ido desapareciendo poco a poco en comarcas enteras. Por ello, es una especie protegida que es necesario seguir conservando como parte de nuestro patrimonio. ■

"La sala "El Texu" del Tanatorio Jardín El Lauredal ocupa toda la segunda planta del tanatorio, lo que garantiza la más completa intimidad de las familias"

> Un lugar en el Tanatorio Jardín El Lauredal. Tal es la vinculación del texu con la cultura asturiana, que su nombre fue elegido por Funerarias Noega para designar una de las salas más representativas del Tanatorio Jardín El Lauredal, en Gijón.

Esta amplia sala ocupa toda la segunda planta del tanatorio, lo que garantiza la más completa intimidad de las familias. Al igual que el resto de salas de velación, consta de una zona abierta y una estancia íntima, así como de un baño privado que en la sala del Texu incluye además ducha.

El acceso se puede realizar por las escaleras o en un ascensor con salida directa a este acogedor espacio.

Silencio

- Autora: Espido Freire -

Creo que no conociste a mi madre, que no coincidiste con ella en ninguna de las ocasiones en las que ella pasaba temporadas en mi casa. Salía poco, nada, a pesar de la insistencia con la que nosotros le pedíamos que nos acompañara al parque con los niños, o a un restaurante, o a un concierto, el que ella quisiera. Vivía como una estrella de cine retirada, casi tan celosa de su privacidad como ellas y mucho más estilosa. Nos hubiéramos resignado a escuchar al cantante que le pareciera bien, cualquiera de los de su época o los de la nuestra, a soportar la peor obra de teatro o a llevarla a merendar a la pastelería más remota, siempre que ella se animara a pisar fuera de casa. Pero su resistencia era heroica. No quería música, no quería calle, no quería aire.

"Más allá de mi madre se alzaba el caos, el mar que no encontraba fin: más allá de mi madre había monstruos"

-Id vosotros -decía-. No paséis cuidado, no me aburriré. Yo siempre encuentro algo que hacer.

La dejábamos a su aire porque ceder resultaba más sencillo que enfrentarnos a su interminable lista de excusas, y porque a su manera la veíamos ocupada, entretenida con pequeñas cosas. La edad la había devuelto a un tiempo similar a la infancia, cuando una persona recupera el uso de su tiempo. Como sus nietos, podía dedicarse a desesperar a los adultos que la teníamos al cargo; y, como sus nietos, era una artista en la modalidad de resistir los razonamientos, las amenazas y las súplicas. Siempre había sido una mujer pequeña y frágil pese a los cuatro embarazos, de una solidez parecida a la de un metal extraterrestre, pesadísimo, definitivo, que marcaba el límite de los confines conocidos. Más allá de mi madre se alzaba el caos, el mar que no encontraba fin: más allá de mi madre había monstruos.

Nos había criado como antes se hacía, sola, con la sombra gigantesca de mi padre a su vera, pero sola al fin y al cabo, sin una queja, sin más muestra de una noche sin dormir por un cólico o un diente que asoma, que las ojeras que bordeaban sus ojos inolvidables. Nos enseñó a leer con una paciencia jacobina, se desdoblaba para que cada merienda fuera a nuestro gusto, para que, incluso ya mayores, al abrir el bocadillo encontráramos aquello que queríamos. Nos llevaba y nos recogía, se enfrentaba con la frente baja a la justa cólera del maestro cuando le daba las quejas de nuestros recreos fogosos, y lo apaciguaba mientras el hombre gritaba que tenía la impresión de que estaba educando bárbaros.

-Que no se entere tu padre -añadía luego, mientras nos aferraba firmemente de la mano, su estela de perfume un poco desvanecida por la vergüenza y la decepción-. Ya te arreglaré yo cuando lleguemos a casa, pero si papá se entera, ya verás.

Y nunca supimos si papá se enteraba o no, porque jamás rompía un pacto con nosotros, y él fingía, o no, quién sabe, no estar al tanto de nada. Nos enderezábamos, un poco, caminábamos derechos una semana o dos. Y había un poco de mala conciencia cuando hacíamos la enésima trastada y rasgábamos en el recreo el bocadillo de mamá y encontrábamos, envuelto en comida, el recordatorio de que ella nos quería, que fuéramos buenos.

Se vestía y peinaba con rara perfección, con un trazo firme de carmín que nunca, ni en los momentos más ajetreados, con nosotros pequeñitos enredando entre sus piernas como cabritillos, había dejado de usar. Recorría mi casa con su pasito ligero, siempre deprisa hacia no sabíamos muy bien dónde ni muy bien por qué, enderezando un libro a su paso, devolviendo un libro al lugar que le correspondía, detenida solo para zurcir un calcetín o descoser un dobladillo.

Eran años en los que faltaban muchas cosas, pero no lo supimos hasta más tarde, porque la habilidad de mi madre para hacernos felices cubría cualquier hueco, cualquier carencia. Heredábamos los jerseys de lana áspera y los libros pintarrajeados, como hacían todos a nuestro alrededor. Teníamos lo que todos, nos faltaba lo que a todos: pero nadie más disfrutaba de mamá.

Mamá, que fruncía el entrecejo porque las orugas echaban a perder las coles de su pequeño huerto, y porque nunca maduraban las fresas, que nos enseñaba un tomate logrado como si fuera un milagro tan complejo como el

universo y que lo repartía en rodajas idénticas para disfrutar más viéndolo comer que comiéndolo ella. Era una jardinera descuidada y una cocinera concienzuda.

A veces, en víspera de fechas señaladas, nos pedía que le ayudáramos en la cocina: nos ordenaba por alturas y habilidad, y uno amasaba, mi hermana untaba con mantequilla y harina los moldes, yo cortaba en porciones aquella pasta amarilla y densa que después crecería en el horno. Y no sabíamos cómo, acabábamos siempre manchados de harina, con las narices sucias y las manos pegajosas de engrudo, y una capa blanca que cubría la mesa y la encimera, en la que dibujábamos caritas y nuestros nombres, hasta que llegaba mi padre y se quedaba petrificado en la puerta, atónito ante el caos.

-Pero ¿qué está pasando aquí? ¿Qué escándalo es éste? Se os escucha desde el portal.

Mamá ocultaba su risa de agua detrás de la mano y fingía seriedad, pero ya era tarde: mi padre meneaba la cabeza, disgustado, como única mente sensata en aquella casa.

"Es mi hija mayor la que ha heredado esa forma nerviosa y contundente de crear el orden cuando se mueve"

- Tú eres la peor. ¿Qué ejemplo les damos así a los niños?

Y esa noche, para ocultar los rastros del naufragio de huevos y harina y azúcar, comíamos en el salón, con el mantel bueno y la sonrisa puesta, y la entrada triunfal de unos dulces que siempre nos sabían mejor si habían pasado por nuestras manos.

En las horas de la mañana en las que nosotros aún dormíamos, trabajaba como un hada para que el desorden del día anterior desapareciera, con movimientos de una eficacia que yo envidiaba y que imaginaba que con el tiempo, cuando tuviera mis propios hijos, aparecerían en mí como por arte de magia. Pero ese tiempo ya ha pasado y yo sigo siendo ese patito un poco torpe, que necesita que mamá borre mi rastro porque los lobos y las aves de presa se encuentran cerca. Es mi hija mayor la que ha heredado esa forma nerviosa y contundente de crear el orden cuando se mueve. Y la miro mientras repite los gestos de su abuela y se me endulza el alma y le sonrío sin que ella sepa por qué.

Y después crecí, y me casé, y vinieron los niños, y entendí que la felicidad tiene que ver con lo que se es y no con lo que se desea. Uno de aquellos días luminosos, cuando los niños eran aún pequeños, y mamá pasaba una de esas temporadas en casa, y yo sentía aún que todo en el mundo era posible, regresamos del cine a media película. El niño había comenzado a quejarse, le dolía la tripa llena de palomitas y de a saber qué porquerías más comidas en la clandestinidad, y nos lo trajimos a casa en brazos, con algo de calentura y mucha urgencia de mimos. Entramos en casa, llamé por mi madre, acostamos al niño, le puse un paño en la frente mientras sus hermanas le rodeaban llenas de pena y de una culpa cuya razón desconocíamos, pero tan palpable como la barriguita hinchada, y solo cuando todo se apaciguó y el niño ya dormía me di cuenta de que mi madre no había entrado al cuarto, no había pasado a echarnos una mano, ni siquiera a averiguar qué ocurría.

La busqué por la casa, con una alarma creciente, y la encontré en la esquina del largo balcón que bordeaba la casa entonces, sentada en un taburete bajo en el que a veces cosía, con la mirada perdida en la nada. Cuando me oyó acercarme, se volvió, serena, con esos enormes ojos de una claridad inmensa que no envejecían.

-Mamá, ¿estás bien?

- Perfectamente.

- ¿Qué haces aquí?

Sonrió y señaló hacia todas partes.

- Nada. Intento cazar un poco de silencio.

Esa era la frase con la que nos apaciguaba de niños, cuando berreábamos a voz en grito, cuando peleábamos por la última cereza o pedíamos que mediara en nuestras infinitas peleas. Entonces mamá (qué joven, qué esbelta

aparece en las fotografías de esos años) se llevaba la mano a la oreja, la tapaba y decía:

- No puedo atenderos ahora. Estoy de caza.

- ¿Y qué cazas?

- Intento cazar un poco de silencio. Ayúdame. Ayudadme todos.

Y los hermanos, incluso los que ya estaban dejando de ser niños, jugábamos de pronto a ser quién sabe qué, un rastreador en África, un sigiloso sioux, una princesa que regresaba de puntillas de un baile prohibido y nos poníamos un dedo sobre los labios fruncidos y la mano en forma de concha en el pabellón de la oreja, y para cuando nos dábamos cuenta estábamos callados y alerta, olvidada ya del todo la razón de la pelea, o el enfado, o la decepción.

Entonces, frente a aquel gesto tantas veces repetido, me di cuenta de que mi madre era una flor trasplantada en la ciudad, que los coches y el ruido constante de la calle, o las voces de quienes pasaban no le permitían escuchar otra cosa que no fuera estruendo. Supe que se quedaba en casa para gozar, al menos por un ratito, de ese lujo infinito que era el espacio para ella sola, de volar ensimismada, como a ella le gustaba, en una navegación invisible por el silencio y la calma, y que era el momento de preguntarle si ya había acabado el dolor por mi padre y quería volver a su vida, a su huerto bordeado de flores rojas y blancas y fresas siempre verdes, y a su tiempo.

Han pasado muchos años, y yo aún uso ese truco tan sencillo y tan viejo. Somos, todos los de la familia, cazadores de silencio. Lo son mis sobrinas, que solo callan cuando duermen, mis hijos, que creen que ese juego lo inventé yo, todos y cada de los miembros de la familia. Nos hemos criado así, herencia de mi padre, grandes, ruidosos, un poco toscos, un poco torpes, de cóleras rápidas y corazones blandos. Solo detenemos esta prisa en la que nos afanamos cuando alguien nos manda callar con suavidad, cuando descubrimos, de pronto, que no hay razón para tanta velocidad ni para tanto escándalo. Miro a mi hija y veo a mi madre, escarbo en sus gestos para encontrar en ellos las manos blancas, la calma intacta de mamá, su ansia por atrapar el silencio para nosotros, porque lo necesitábamos, porque sin ellos, sin ella, no éramos más que furia, y frustración, y energía rota. Y siempre la encuentro, ¿sabes? Tú no puedes saberlo porque no la conociste. Pero siempre la encuentro, en los ojos inmensos de mi hija, en la paz infinita del silencio. ■

FUNERARIAS NOEGA

Tel: 984 85 13 00 - 24 horas

www.funerariasnoega.es